

son operadas por el Espíritu Santo y son presentadas con las oportunas especificaciones que ofrecen los textos de Ambrosio.

Se consagra el cuarto capítulo a la acción santificadora de la virginidad en la Iglesia. Como sostiene la Prof. Álvarez Alonso, «Ambrosio vincula la teología de la virginidad eclesial al misterio de la virginidad de María, que fue ya anunciada y prefigurada en el AT como figura Ecclesiae, pero hunde sus raíces en la teología trinitaria» (p. 113). En consecuencia, se perfilan, tanto la acción del Espíritu Santo dentro del misterio de la Iglesia con su fecundidad virginal, como la virginidad «concreta», que nace y se entronca en el orden sacramental y de la gracia.

Los capítulos siguientes exponen, con detenimiento, las concreciones más significativas en las que se refleja la acción santificadora del Espíritu. En el capítulo quinto se articula la actuación virginizante que se realiza en el cuerpo, y luego después en el espíritu, lo que constituye la *virginitas mentis*, al decir de Ambrosio. En el capítulo sexto se trata de la virginidad como vida in spiritu, lo que lleva consigo la búsqueda y la conformación de la virgen con Cristo. El capítulo séptimo nos sitúa en las dimensiones escatológicas de la virginidad, es lo que podríamos llamar la vida del *homo caelestis*, que el Obispo de Milán, inspirándose en S. Pablo contrapone al *homo terrenus*. Así pues, la virginidad anticipa la resurrección de la carne y hace que las vírgenes cristianas vivan ya en la tierra una *vita angelorum*.

El capítulo octavo es de carácter conclusivo, aunque es más que eso, por cuanto incluye aspectos de diversa índole, como un excursus crítico-filológico, en torno a las fuentes que emplea Ambrosio y a sus modelos de inspiración, etc.

Nos ha gustado especialmente el capítulo segundo, donde la prof. Álvarez Alonso pone particulares acentos a la hora de señalar a la virginidad como nota definitoria del ser divino en el pensamiento ambrosiano. A partir de esta concepción de la virginidad se entienden mejor

las afirmaciones de Ambrosio que caracterizan la concepción cristiana de la virginidad como un don de Dios, traído por Cristo a la tierra, en una neta diferenciación de la virginidad pagana de las «vestales», como pone de relieve sobre todo en el tratado *De virginibus*.

En síntesis, podemos afirmar que estamos ante una excelente monografía que subraya las líneas maestras de la acción santificadora del Divino Espíritu en la espiritualidad virginal ambrosiana.

Por último, hemos anotado algunas leves ausencias: Una, que no cite la obra de Ch. Marksches, *Ambrosius von Mailand und die Trinitätstheologie*, Tübingen 1995 y otra, que no aparezca paginado el índice onomástico al final del libro, aunque esto tal vez haya que atribuírselo más bien a la editorial que a la propia autora.

D. Ramos-Lissón

B. GAIN (ed.), *Passer les monts. Le franchissement des montagnes dans l'Antiquité gréco-romaine (Actes du XXXIX Congrès de l'APLAES, Grenoble, 19 au 21 mai 2006)*, Grenoble 2007, pp. 142.

En el presente volumen se recogen las Actas del XXXIX Congreso de la APLAES (Association des Professeurs de Langues Anciennes de l'Enseignement Supérieur) de Francia, que tuvo lugar en Grenoble en 2006.

Bajo la experta dirección del Prof. Benoît Gain de la Universidad Stendhal Grenoble 3 se han reunido en esta publicación tanto los trabajos que se leyeron en la sesión científica, como los de la sesión pedagógica y los que fueron de índole puramente organizativa de la APLAES.

El libro comienza con una breve introducción del Prof. Gain en la que hace una presentación de las Actas. Nosotros nos vamos a ocupar sólo de los artículos de índole científica, que son los que dan título al libro. Lo inicia la Prof. D. Acolat de la Universidad de Brest con el trabajo que lleva por nombre: «Monta-

ña sufrida, montaña escalada: conocimiento y prácticas alpinas bajo el imperio romano». La autora recuerda la aversión secular de la literatura tradicional greco-romana hacia las altas montañas. Los romanos han buscado siempre la distancia más corta en los caminos terrestres; pero cuando se encontraban frente a un gran macizo montañoso, no utilizaban esos caminos, sino que empleaban una vía marítima, cuando ello era factible. Un buen ejemplo de esto han sido los Alpes: la mayor parte del tráfico de mercancías entre Italia y las Galias se hacía por rutas marinas. Por su parte, la Prof. Acolat se va a centrar en las fuentes literarias antiguas que nos hablan del paso por los Alpes. Describe los itinerarios y los puertos alpinos, señalando todo un cúmulo de dificultades que encontraba en ellos el viajero de la Antigüedad, unas derivadas de la configuración del terreno, sobre todo, de las pendientes; otras que eran consecuencia del frío extremo, como la nieve, la ventisca y el hielo; otras, no pequeñas, eran debidas a los habitantes de esas montañas, especialmente de aquéllos que practicaban el bandidaje.

La autora nos ofrece una muestra de estos últimos peligros en el relato de Sulpicio Severo, sobre la agresión sufrida por S. Martín de Tours a su paso por los Alpes, cuando viajaba de Poitiers a Pavia. El santo fue atacado por unos bandidos y conducido a un lugar escondido para robarle. Martín convirtió al bandido y éste lo liberó y cambió de vida.

La Prof. Acolat se ocupa también de los dioses protectores del temido paso por los Alpes de los que se han encontrado varios exvotos dedicados a Iupiter Optimus Maximus Poeninus, o a divinidades locales y sincréticas, como Mons Matrona. En este mismo sentido se enumeran algunas inscripciones y lugares de culto. Entre otros testimonios aduce el de S. Agustín sobre la existencia de estatuas dedicadas a Júpiter en algunos puertos de los Alpes y que el emperador Teodosio mandó derribar (Ciudad de Dios, V, 26).

La Prof. N. Thierry nos presenta un estudio sobre «Las Puertas Cilicianas», que se sitúan

en la plataforma central de Asia Menor, separando el territorio de Cilicia del Mediterráneo con la barrera montañosa de Taurus. Al Este, esas montañas se prolongan por las cadenas de Antitaurus, que dominan Siria y Mesopotamia.

La vía más famosa en la Antigüedad será la llamada Pylai Kilikias (Puertas Cilicianas), frecuentada por ejércitos, comerciantes y viajeros, y que unía el Bósforo con Tarso y Antioquía. Había también otras rutas secundarias, como la del Antitaurus, que unía Kayseri con Karaman-Maras, y era muy frecuentada para ir a Cesárea de Capadocia y Cilicia.

El camino que pasaba por las Puertas Cilicianas era el más accesible y, en consecuencia el más frecuentado. Aparece descrito en el siglo IV en el Itinerarium Burdigalensis con el nombre de Ruta de los peregrinos. Ya en el siglo I esta ruta fue transitada por el Apóstol S. Pablo en su segundo y tercer viaje misional.

La autora describe las diversas construcciones y fortificaciones que se han realizado desde la Antigüedad a nuestros días. Recuerda también el paso del ejército de Jerjes en el 481 a. C. y de Ciro, el joven en 401 a. C. De la epopeya de Alejandro Magno recoge abundantes testimonios de Arrius en su *Anabasis* (hacia el 95-175), de Quinto Curcio, Strabon, etc. También trae a colación algunas referencias de autores medievales, incluso de las Cruzadas, hasta el siglo XII aproximadamente.

El Prof. Olivier Battistini de la universidad de Corte (Córcega) hace una breve aportación «A propósito de Alejandro, sobre su melagkolía y su deseo de infinito». Entiende la melancolía no tanto como enfermedad, sino como cualidad de hombres geniales, siguiendo la enseñanza de Aristóteles. Destaca la melancolía de Alejandro Magno.

Finaliza esta sesión con un artículo del Prof. J.-Y. Guillaumin de la universidad de Franche-Comté, acerca de «La montaña y los agrimensores latinos». Es un estudio muy técnico sobre las distintas maneras de realizar

mediciones en terrenos montañosos, sobre lo que Frontinus llamaba *ratio cultellandi* y otros modos de aprovechamiento de la tierra cultivable.

En el presente volumen se reproducen también gráficos y fotografías que ilustran algunos artículos (ver pp. 57-72 y 97; 100, 104 y 106).

Desde nuestro punto de vista tienen más interés los trabajos de Delphine Acolat y Nicole Thierry por los datos que aportan sobre S. Pablo y algunos Padres de la Iglesia. Los interesados en el mundo antiguo pueden encontrar en el volumen reseñado datos abundantes sobre el protagonismo de la montaña en ese mundo.

D. Ramos-Lissón

Stephen M. HILDEBRAND, *The Trinitarian Theology of Basil of Caesarea. A Synthesis of Greek Thought and Biblical Truth*, The Catholic University of America Press, Washington D.C., 2007, 254pp.

Basilio de Cesarea (329/330-378), uno de los grandes Padres Capadocios, dedicó sus mayores energías a defender la doctrina católica sobre la consustancialidad del Verbo, definida solemnemente en el Concilio de Nicea (325). Por esta razón sufrió muchas contradicciones por parte de los arrianos, y tuvo que hacer frente a los abusos de la autoridad imperial, que pretendía imponer con violencia la doctrina de Arrio. Con Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa contribuyó de manera decisiva a precisar el significado de la terminología trinitaria, preparando de esta manera el Concilio I de Constantinopla (381), que enunció de forma definitiva la doctrina de fe sobre la Trinidad. A él se debe la fijación definitiva de una de las más conocidas liturgias orientales, que lleva su nombre. Y, junto con San Gregorio Nacianceno, escribió dos Reglas que tuvieron un influjo decisivo en la vida monástica del Oriente cristiano. Pero el relieve de Basilio no radica sólo en su influencia sobre el monacato oriental. También se extiende su influjo, especialmente,

a los debates teológicos del siglo IV, hasta la polémica del *filioque*, o la doctrina de las Energías de Gregorio Pálamas. Es igualmente significativa su interpretación del Hexaemeron, que no sólo influyó en Ambrosio, sino que también ha sido muy tenida en cuenta y comentada en la temprana modernidad, cosa que se verifica también en lo que se refiere a los desarrollos en torno a la formación helenística.

El presente trabajo del Prof. Hildebrand, de la Universidad franciscana de Steubenville, explora la doctrina trinitaria de Basilio, apreciando en ella un verdadero encuentro entre el helenismo en el que fue educado el Capadocio y la fe cristiana, vivida en la liturgia y expresada en las Escrituras. Basilio supo construir verdaderos puentes de contacto entre esos dos mundos, poniendo de manifiesto la capacidad que tiene el cristianismo de hacer propio lo que de bueno se encuentra enraizado en las diversas culturas. Dentro de ese bagaje cultural helenístico del que se servirá Basilio para fundamentar su teología trinitaria cabe destacar los diferentes métodos exegéticos empleados en la dialéctica clásica y en los que él se formó, instrumentos eficaces para el desarrollo de su exégesis de las Escrituras.

A pesar de su permanente insistencia por parte del Obispo de Cesarea en la absoluta trascendencia y simplicidad divina, desarrollará sin embargo un vocabulario preciso trinitario que le va a permitir refutar los dos principales errores de entonces en el ámbito del pensamiento trinitario: la negación de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y la negación de la verdadera y real distinción de éstos respecto al Padre. Su contribución más importante fue el haber atraído nuevamente a la Iglesia a los semiarrianos y el haber fijado de una vez para siempre el significado de las palabras *ousia* e *hypostasis*. Basilio fue el primero que insistió en la distinción una *ousia* y tres *hypostasis* en Dios. Para él, *ousia* significa existencia o esencia, entidad substancial de Dios, mientras que *hypostasis* quiere decir la existencia en una forma particular, la manera